

odios y sin rencores; pero con el deseo ardiente de que no se perdiese lo que se habia adelantado en el país por la doctrina del Evangelio. Pronunció despacio y en alta voz el acto de contricion, que el ejército iba repitiendo con voz conmovida, y pidió á todos, en seguida, que dijesen la confesion general. Era aquel un acto sublime, por su noble sencillez y el religioso sentimiento que lo dictaba. En medio del campo; de rodillas sobre la mojada tierra; en medio de la densa oscuridad de una noche lluviosa; sin mas testigos que Dios, ni mas luz que la fugaz que de vez en cuanto despedia el deslumbrante relámpago; descubierta la cabeza y apoyados en sus armas, aquellos hombres esforzados que miraban con indiferencia los peligros y la muerte, elevaban á Dios su plegaria, confesándose impotentes sin su amparo. Nunca aparece mas grande el hombre que cuando se humilla al Ser Supremo. Dichá la confesion general, el venerable sacerdote, levantándose, y despues de elevar los ojos al cielo, les bendijo con la forma de la absolucion. Los soldados, sintiendo en sus corazones el bálsamo de consuelo que deja la religion, se abrazaron con regocijo, y fortalecidos con el espíritu de la fé, se sentian con doble esfuerzo para el combate. Este acto marca perfectamente el carácter de aquella época, en que cada combatiente se juzgaba un instrumento elegido por Dios, para propagar la luz de la verdadera doctrina y salvar al mundo del error y del espíritu del mal.

Formadas las fuerzas, Cortés les recomendó que para llegar á Cempoala, sin ser sentidos por el enemigo, guardasen el mayor silencio. «En las guerras y batallas», agregó, «se alcanzan mas victorias con la prudencia y el

saber, que con el arrojo y la osadía. Conozco vuestro esfuerzo, y deseo que no os disputeis el ser cada uno el primero en atacar. Todos los puestos son iguales: del buen orden depende el éxito de la empresa. Adelante, pues; silencio, fé en Dios y obediencia á los jefes: por lo demás, nada tengo que pedir de vuestro valor, pues tengo bien conocido vuestro denuedo y bizarría (1).»

Dadas estas instrucciones, el ejército emprendió la marcha, enviando de descubierta los hombres mas ligeros. Los soldados, obedeciendo la orden de su caudillo, caminaban en el mayor silencio y á paso largo, en medio de la oscuridad mas completa, y recibiendo la lluvia que continuaba con bastante fuerza. Así llegaron al rio, junto al cual habia mandado colocar Narvaez dos vigilantes. Aunque de poco caudal, iba en aquellos momentos bastante crecido por la lluvia. Los soldados empezaron á cruzar el rio, llevando en alto sus armas para no mojarlas. El agua les daba al pecho. Esto hacia difícil el paso. Cubierto el fondo de piedras grandes y lisas, los piés resbalaban á cada paso, y la tropa, para no caer, marchaba despacio. Al fin, empezaron á poner la planta en la orilla opuesta (2). La densa oscuridad y el ruido del agua,

(1) «Que nos pedia por merced que callásemos y que en las guerras y batallas es menester mas prudencia y saber para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía; y que porque tenia conocido de nuestros grandes esfuerzos, que por ganar honra cada uno de nosotros se queria adelantar de los primeros é encontrar con los enemigos, que fuésemos puestos en ordenanzas y capitánias.»—Bernal Diaz.

(2) Prescott dice que «dos fueron arrebatados por la violencia de la corriente». No era la fuerza que llevaba ni la cantidad para ello. Bernal Diaz, que no callaria ese episodio, cuenta que pasaron sin novedad.

habian impedido á los vigilantes de Narvaez ver á los que á ellos se acercaban y escuchar sus pasos. Uno de ellos, llamado Gonzalo Carrasco, fué sorprendido y hecho prisionero por los que iban de avanzada. El otro, apellidado Hurtado, que estaba un poco mas lejos, echó á correr hácia Cempoala dando el grito de alarma. Hernan Cortés mandó acelerar el paso, con el objeto de llegar antes que el soldado que huia; pero era imposible vadear el rio con la prontitud que todos deseaban. Ganada la opuesta orilla y reunida la tropa, continuó su marcha á toda prisa. El vigilante prisionero fué presentado á Cortés. El general, sin detener la marcha, le hizo las preguntas necesarias para informarse de la posicion que guardaban las tropas de Narvaez. El prisionero satisfizo cumplidamente á ellas, dando noticias que estaban en completa armonía con las que ya le habia dado el desertor, que se habia presentado pocas horas antes (1).

El ejército apresuró la marcha anhelando llegar antes de

(1) Dice Prescott, que con el vigilante que cayó prisionero, se hicieron todos los esfuerzos posibles para conseguir de él algunas noticias sobre la posicion que guardaba Narvaez; pero el hombre se mantuvo obstinadamente silencioso, y aunque se le amenazó con la horca, y aun se le puso el dogal al cuello, no se logró vencer su heroísmo espartano». Esto podrá tener mas interés dramático; pero no está de acuerdo con el hecho histórico. Al ser interrogado, sencilla y llanamente confesó, sin necesidad de acudir á echarle dogal ninguno, todo lo que se deseaba saber. Cortés, que es quien mejor que nadie debia estar informado de lo que pasó, dice á Carlos V en su segunda carta: «Y antes topé las dichas espías, que el dicho Narvaez tenia puestas, y las que yo delante llevaba prendieron la una dellas, y la otra se escapó, de quien me informé de la manera que estaban». Es sensible alterar la verdad. Si cada uno que escribe la historia va adulterando algun hecho solo por dar mas vivo colorido, lo que se conseguirá es hacer dudosa la misma verdad.

que el vigilante diese aviso de que se acercaba. Como el piso estaba empapado y los caballos resbalaban, Hernan Cortés y otros dos ó tres que iban montados, bajaron de sus corceles en un montecillo próximo á Cempoala, y dejándolos atados á unos árboles, continuaron el avance. Todos iban en el mayor silencio. El ruido de la lluvia, hacia que no se percibiese el de los pasos. Hernan Cortés iba con la esperanza de llegar antes de que el enemigo tuviese aviso de su llegada. Pero no era así. El vigilante que habia logrado no caer prisionero, llevaba algunos momentos de haber llegado á Cempoala dando el grito de alarma. Narvaez se levantó inmediatamente del lecho, se puso su armadura, llamó á sus capitanes, y dió las órdenes conducentes para esperar al enemigo. Como acontece en esos instantes de sorpresa, todo era confusion y desorden. Los jinetes ensillaban sus caballos; los artilleros corrian á sus baterías, y los infantes, soñolientos y aturdidos, se dirigian á tomar sus armas. La voz con que debian conocerse los suyos en el combate, era la de «Santa María», repetida dos veces (1).

(1) Varios historiadores, entre ellos Oviedo, Solís y Prescott, dicen que Narvaez ni sus soldados quisieron dar crédito á lo que les decia el vigilante; que el general «despreció el aviso y al que lo llevaba». Pero esto no es verosímil, y además está en pugna con lo que asegura Hernan Cortés, el cual terminantemente dice: «Me di la mayor prisa que pude, aunque no pude tanta, que la dicha espía no llegase primero casi media hora. E cuando llegué al dicho Narvaez, ya todos los de su compañía estaban armados y ensillados sus caballos y muy á punto, y velaban cada cuarto doscientos hombres». Todas estas disposiciones en tan breve tiempo, prueban que dió crédito al aviso. Ni podia ser de otra manera, pues no hay general que desprecie el aviso del que ha puesto de vigilante, y mucho menos cuando sabe que alguno de los que le acompañaban ha caído prisionero.

Eran las doce de la noche cuando el ejército de Cortés, en el mayor silencio, sin caballería y sin artillería, ni otras armas que espadas, rodelas, lanzas y puñales, protegido por la oscuridad, llegaba á Cempoala. Los soldados, agachados y sin hablar palabra, siguiendo á sus respectivos capitanes, penetraron en las calles y se dirigieron hacia el templo principal, en que se hallaba la fuerza contraria. Aun se encontraban las tropas de Narvaez en alguna confusion, acabando de colocarse en sus respectivos puestos. En aquellos angustiosos momentos en que aun no pasaba el sobresalto, se presentaron las tropas de Cortés delante del gran *teocalli*, en cuyo átrio inferior se hallaba la artillería. El joven capitán Pizarro y el valiente Cristóbal de Olid, que estaban encargados de apoderarse de ella, se dirigieron resueltamente á tomarla. Los artilleros vieron al enemigo cuando casi lo tenían encima. Aunque sorprendidos, trataron de defenderse; pero no tuvieron tiempo mas que para disparar cuatro piezas, cuyas balas pasaron muy alto, excepto una que mató á tres de los asaltantes. Los soldados de Pizarro y de Olid se lanzaron entonces sobre los artilleros y derribándolos con sus largas lanzas, se apoderaron de los cañones. En esos momentos llegaron todos los demás capitanes de Cortés al son de ataque, tocado por los tambores y pífanos. Una sección de caballería enemiga trató de disputarles el paso; pero derribados por las largas lanzas seis de los jinetes, se lanzaron sobre los puntos que tenían orden de tomar. Gonzalo de Sandoval, á la cabeza de sus ochenta intrépidos soldados, subia las gradas del alto *teocalli*, cuya toma le habia sido encomendada, y donde se hallaba Pán-

filo de Narvaez. La empresa era difícil. Una lluvia de balas y saetas descendia sobre él y su valiente partida, oponiéndole una vigorosa resistencia. Pero nada habia que pudiese detener el avance de aquellos hombres. Despreciando la muerte, subieron las gradas del gran templo, en cuya elevada cúspide se trabó una lucha terrible. El corpulento Narvaez, cuyo valor estaba en relacion con su fuerza hercúlea, animaba á los suyos con su voz y con su ejemplo. Su espesa barba rubia, su acento hueco y severo, su rostro largo y varonil, donde se veian pintados el enojo y la resolucion, le daban un aspecto imponente. Su vigoroso brazo descargaba formidables golpes sobre los asaltantes. Pero éstos se habian propuesto vencer ó morir, y nada era capaz de hacerles retroceder. Por el contrario, acometieron con nuevo vigor no dudando en la victoria. Narvaez se esforzó entonces en la defensa; y cuando ciego de ira trató de arrojarse sobre sus contrarios, recibió un lanzazo de uno de los soldados que acompañaba á Sandoval. La punta de la lanza dió en el párpado del general enemigo, haciéndole saltar el ojo izquierdo. «¡Santa María, amparadme!» exclamó el desgraciado Narvaez, cayendo en tierra: «¡Me han muerto!» (1).

Los soldados de Hernan Cortés al oírle, gritaron llenos de gozo: «¡Victoria por los del nombre del Espíritu Santo; que Narvaez es muerto!»

Pero aun les faltaba mucho para alcanzarla. Aunque el jefe estaba herido, sus capitanes seguian combatiendo al mismo tiempo que algunos soldados le conducian al

(1) «Santa María, váleme: que muerto me han y quebrado un ojo.»— Bernal Diaz.

santuario, donde estaba su alojamiento. Los asaltantes procuraron penetrar; pero defendian los velazquistas con teson la entrada. Entonces el soldado Martin Lopez, el mismo que habia construido los bergantines en Méjico, que era de estatura gigantesca, encendiendo una tea, la arrojó al techo de paja que cubria la torre; y pronto el fuego, comunicándose con el maderámen interior, empezó á levantar inmensas llamas. Los defensores, por no morir abrasados, se vieron precisados á salir y á rendirse. Entonces un soldado llamado Pedro Sanchez Farnan, fué el primero que se apoderó de Narvaez, y Bernal Diaz del Castillo se lo entregó á Gonzalo de Sandoval.

Conducido Pánfilo de Narvaez al átrio, fué aherrojado con un par de grillos, para evitar que se fugase. Todos sus capitanes y soldados, despojados de las armas, estaban á su lado, custodiados por Gonzalo de Sandoval y su tropa. Tambien se encontraba allí herido, aunque levemente, el cacique de Cempoala, que se habia ido á refugiarse, como he dicho, á las habitaciones de Narvaez.

El grito de «¡viva el rey!» y «¡victoria por Cortés!» resonaba en lo alto del *teocalli*. Aquella voz, repetida por cien soldados, llegaba á los oidos de los parciales de Narvaez, que aun combatian en otros puntos, y á la de sus contrarios, desanimando á los primeros y aumentando el valor de los segundos.

Entre tanto que en el gran templo habia terminado todo, en los otros dos *teocallis* continuaba la lucha.

Hernan Cortés mandó asestar contra ellos los diez y ocho cañones tomados á sus contrarios; pero antes de romper el fuego de artillería, intimó rendicion á las tropas que guar-

neaban ambos puntos. Desechada la intimacion, empezó el cañoneo y la subida á los templos. Defendian los teocallis los capitanes Diego Velazquez, sobrino del gobernador de Cuba, y Salvatierra, aquel que habia ofrecido cortar las orejas á Cortés y cenar una de ellas bien asada. El primero luchó como un valiente; pero el segundo se fingió enfermo desde que escuchó la muerte de su general, y se colocó donde no pudiera alcanzarle algun sablazo, esperando el resultado del combate (1).

Juan Velazquez de Leon, á la cabeza de sus setenta hombres, subió las gradas del teocalli defendido por el jóven Diego Velazquez, contra quien estaba justamente irritado por las palabras ofensivas que le dirigió en Cempoala. El sobrino del gobernador de Cuba era valiente, y defendió su punto con heróico esfuerzo; pero viéndose herido, lo mismo que la mayor parte de sus soldados, tuvo que rendirse al hombre á quien hacia pocos dias habia injuriado. Juan Velazquez de Leon, olvidando las pasadas ofensas, le trató con las mas altas consideraciones, y ordenó que le curasen inmediatamente, asistiéndolo él mismo á la curacion. Le habia visto valiente en la lucha, y le veia vencido. Al rencor sucedió el sentimiento generoso del caballero y el afecto del parentesco.

Los soldados de Salvatierra, notando el desaliento de

(1) «Vamos á los de Salvatierra, el muy fiero, que dijeron sus soldados que en toda su vida vieron hombre para menos ni tan cortado de muerte cuando nos oyó tocar al arma... Dicen que luego dijo que estaba muy malo del estómago, é que no fué para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros y braveas.»—Bernal Diaz del Castillo.

su capitán, mas largo en palabras que en obras, depusieron las armas, quedando el triunfo por los asaltantes.

Una circunstancia inesperada y curiosa concurrió en esta sorpresa, según Bernal Díaz, en favor de Hernán Cortés. Cruzaban por el aire, á distancia de dos varas de la tierra, infinidad de cocuyos, insecto semejante á la luciérnaga, pero que despide mayor y mas viva luz que ésta. Preocupada por la sorpresa la fantasía de los asaltados, juzgaron, en medio de la oscuridad que reinaba, que eran fogonazos de los arcabuces, persuadiéndose que el número de arcabuces era superior al que ellos tenían (1).

Hernán Cortés, infatigable y activo, habia luchado en todas partes, multiplicándose, por decirlo así, y acudiendo oportunamente á donde era mayor el peligro. Sudando copiosamente y logrando apenas respirar de fatiga, marchaba de un punto á otro, ayudando á sus capitanes y obrando como entendido general (2).

A fin de asegurar la victoria, hizo pregonar que se presentasen todos los soldados de Narvaez que no habian caído prisioneros, á jurar fidelidad bajo la bandera del rey, de quien era representante como capitán general y

(1) «Y tambien la oscuridad ayudó; que, como hacia tan oscuro, habia muchos cocayos (así los llaman en Cuba), y que relumbraban de noche, é los de Narvaez creyeron que eran mechas de las escopetas.»—Bernal Díaz. *Historia de la Conquista*.

(2) Vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros capitanes, adonde teníamos á Narvaez, y con calor que hacia grande, y como estaba cargado con las armas é andaba de una parte á otra apellidando á nuestros soldados y haciendo dar pregones, venia muy sudado y cansado, y tal, que no le alcanzaba un huelgo á otro.»—Bernal Díaz.

justicia mayor. De no hacerlo así, serian castigados con la pena de muerte. Se mandaba en el bando que se presentasen sin armas, despues de haberlas entregado á los alguaciles, que recorrian, de orden suya, todos los puntos defendidos. Nadie dejó de obedecer la orden; y antes de que amaneciera, Cortés era dueño de todo el armamento del ejército de Narvaez.

La noche seguia lluviosa, y la oscuridad impedia que los vencidos pudiesen ver el corto número de hombres á quienes se habian rendido, y lo mal armado de ellos.

Pocos instantes despues de haber cesado el fragor de las armas, empezó á cesar la lluvia, asomando apacible la luna, para alumbrar tristemente el ensangrentado escenario de la pasada lucha (1).

Entre tanto Pánfilo de Narvaez, sintiendo los agudos dolores de la herida que le habia hecho saltar el ojo, suplicó á Gonzalo de Sandoval que le permitiese á su médico que le curase. Obsequiado el justo deseo, se acercó el médico, y empezó la curacion. Hernán Cortés, que no cesaba de vigilar y que recorria todos los puntos, dando órdenes oportunas, llegó en aquel momento y se acercó al herido, pero evitando que le viera para no mortificarle. Uno de los que se hallaban junto al vencido general, le dijo que estaba allí Cortés. Narvaez, volviendo entonces la cabeza, y pareciéndole imposible, en su orgullo, haber sido derrotado, le dijo: «Señor capitán Cortés, á gran gloria debeis tener el triunfo alcanzado, ha-

(1) «Y entonces salia la luna, que cuando allí llegamos hacia muy oscuro y llovía.»—Bernal Díaz.